

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXIII



C. S. I. C.
1986
MADRID

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

Tomo XXIII

**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1986**

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	9
ESTUDIOS	
Arte	
Francisco de Mora remata en 1598 la Torre de la Tapicería del Alcázar Madrileño, por <i>Luis Cervera Vera</i>	15
Las ermitas del Buen Retiro, por <i>José del Corral</i>	27
Proyecto de vivienda por Juan Gómez de Mora, por <i>Inocencio Cadiñanos Bardeci</i>	37
Los aposentos laterales del Corral de Comedias del Príncipe, por <i>John J. Allen</i>	39
Nuevos datos sobre la antigua puerta del Real Sitio del Buen Retiro, por <i>Teresa Zapata Fernández de la Hoz</i>	45
Los pintores madrileños y la cofradía de Nuestra Señora de los Siete Dolores, por <i>Pilar Moreno Puertollano</i>	51
Mesonero Romanos y la crítica de arte, por <i>Francisco José Portela Sandoval</i>	69
El panteón Guirao, de Agustín Querol, en la Sacramental de San Isidro, por <i>Carlos Saguar Quer</i>	79
Proyectos no realizados en los Jardines Madrileños Decimonónicos, por <i>M.^a del Carmen Ariza Muñoz</i>	87
Ante el retrato de Don Evaristo San Miguel, por Federico de Madrazo, por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	99
El Colegio de Doña María de Aragón: Historia y Datación de su Fábrica, por <i>M.^a Jesús del Olmo, Natividad Sánchez Esteban y Joaquín Montilla</i>	105
Biografía	
Boceto para una biografía profunda: "La Infanta Isabel, dos veces Princesa de España", por <i>Francisco Azorín</i>	123
Fiestas y costumbres	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XVI según el "Libro de la Montería de Alfonso XI", por <i>Gregorio de Andrés</i>	147
Historia	
Entrada triunfal de la Reina Mariana de Austria en Madrid el día 15 de noviembre de 1649, por <i>Carmen Sáenz de Miera Santos</i>	167
Felipe, IV fundador de los Estudios Reales, por <i>José Martínez de la Escalera, S. J.</i>	175
Industria y comercio	
La Real Fábrica de Cristales y Espejos de Madrid, por <i>María Jesús Callejo Delgado</i>	201

	<u>Páginas</u>
El Gremio de Pasamaneros de Madrid en los siglos xvii y xviii: Estudio Histórico Artístico y Jurídico de su organización corporativa, por <i>Angel López Casán</i>	207
Una tienda de telas en la Puerta de Guadalajara en tiempos de Felipe II, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	227
Literatura	
Un poeta menor del siglo xviii, Don Fermín de Sarasa y Arce, por <i>Antonio Serrano de Haro</i>	239
Organización religiosa	
La organización eclesiástica del Madrid de la Ilustración, por <i>Gloria A. Franco Rubio</i>	271
El Cardenal Lorenzana crea nuevas parroquias y vicarías en su Archidiócesis, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	289
Sociología	
Algunas noticias sobre la vida diaria en la cárcel de Corte de Madrid: La visita de 1588-89, por <i>Alfredo Alvar Ezquerro</i>	309
Gusto artístico y mentalidad burguesa en el Madrid de la segunda mitad del siglo xix. La aportación de los inventarios post-mortem, por <i>M.^a Pilar Corella Suárez</i>	333
Mentalidad religiosa, ritos funerarios y clases sociales en el Madrid decimonónico, por <i>Federico Ponte Chamorro</i>	351
La crianza de los niños madrileños abandonados en el siglo xvii, por <i>Claude Larquie</i>	363
Equipamientos para ancianos en la capital madrileña, por <i>Josefa Salvador Hernández</i>	385
Urbanismo	
Los paseos madrileños de Recoletos y del Prado de San Jerónimo anteriores al reinado de Carlos III: Proyectos de Juan Díaz, Juan Gómez de Mora, Pedro de Sevilla, Ardemans, Ribera y J. B. Sachetti, por <i>Matilde Verdú Ruiz</i>	399
Alumbrar o deslumbrar: la implantación del alumbrado eléctrico en el Madrid de fines del siglo xix, por <i>Julio Simó Ruescas</i>	431
Semblanza de madrileñistas	
D. Cayetano Rosell y López, por <i>Alicia Moreno Pato</i>	441
Cien años de la Villa y Corte a los ojos de un fotógrafo, por <i>Juan Miguel Sánchez Vigil</i>	453
TEXTOS	
Entrada y salida de la Plaza Mayor, por <i>Ramón Gómez de la Serna</i>	471
INFORMES	
Informe acerca de las obras realizadas en el solar contiguo a la Puerta de la Vega, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	483
BIBLIOGRAFIA	
Aproximación bio-bibliográfica y documental a Teresa Valle de la Cerda, fundadora del convento de Benedictinas de la Encarnación de Madrid, vulgo "San Plácido", por <i>M.^a Isabel Barbeito Carneiro</i>	491
Algunos impresos madrileños raros de la segunda mitad del siglo xvii, por <i>José Simón Díaz</i>	517

ENTRADA Y SALIDA DE LA PLAZA MAYOR

Por **RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA**

Nota preliminar y edición de José Simón Díaz

El texto que sigue, «como inédito» según su ilustre autor, nos fue remitido en 1952 para que formara parte de un libro misceláneo y colectivo sobre la Plaza Mayor, proyectado como una de las primeras empresas del Instituto de Estudios Madrileños a raíz de su fundación, y malogrado, como tantas otras iniciativas, por falta de recursos. Ahora, que parecen a punto de realizarse otros trabajos similares, consideramos oportuno dar a conocer estas líneas, donde se pueden encontrar acertadísimos juicios sobre el tema.

El original consta de siete hojas, en cuyo anverso van pegados diversos recortes de distintos impresos, cuyo contenido se enlaza por medio de palabras o párrafos autógrafos. Se trata, por consiguiente, de fragmentos ya publicados en libros, revistas o diarios, muy diversos a juzgar por el papel y la tipografía de cada uno, y nos llegó junto con la siguiente carta, escrita en papel amarillo satinado y con tinta roja:

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Hipólito Yrigoyen, 1974 - 6.^a Piso LL
Teléf. 47-4775 (después de las 8 de la tarde)
Buenos Aires

Bs.As. 3 noviembre 1952
Sr. D. José Simón Díaz.

Mi querido y admirado amigo: recibí en su día su atenta carta y ahora recibo los «Itinerarios», en que se ha logrado un formato y un *carácter* de libro muy original.

Sigo al Instituto día a día y ya di las gracias a nuestro querido Entrambasaguas cuando recibí mi honroso nombramiento.

Le he preparado para la obra colectiva sobre la Plaza Mayor ese recuento que siempre resultará como inédito.

Habiendo perdido todos mis libros sobre Madrid al dejar mi casa en los primeros días de la Revolución, me imposibilita para tener las iniciativas que quisier tener, dado mi amor a Madrid y a lo Matritense. Me tengo que contentar con mi nostalgias.

Acompañándoles con mis enhorabuenas, queda de Vd. devoto amigo que estrecha su mano.

Ramón Gómez de la Serna.

Muchos recuerdos a todos los compañeros, y en especial a nuestro presidente, : Tomás Borrás y a mi buen primo Gaspar.

Con este envío quiso corresponder al título de miembro honorario del Instituto, por cuyas actividades continuó mostrando una afectuosa y constante atención.

Para entrar bien a la plaza Mayor y que resulte más deslumbrante su encuentro hay que tomar por la calle más salada de Madrid —la de la Sal— y trascender esas tiendas de los hábitos para promesantes, con sus vivaces muestras de colores, y que cada vez tienen más incremento, porque ahora hay muchos hombres que también hacen promesa de camisa de color religioso, y el otro día me encontré a un joven y gran pintor con hábito morado y cordón amarillo, como corbata que ocultaba sus borlas.

* * *

Así como todos los caminos llevan a Roma, todas las calles llevan a la plaza Mayor, brasero de Madrid los días de frío y sol.

Al entrar en la plaza Mayor se ha entrado en alguna parte, y se sienten sus condiciones de refugio, dejando de flamear las capas.

El invierno en la plaza Mayor está al socaire y se seca como higo colocado en la solana.

Los ciegos cantan sin actualidad canciones simples que han debido pasar antes por la censura, y sus ojos de peces cocidos girovagan ante la luz del sol como sus pequeños satélites.

En el centro de la plaza Mayor están los andenes de los Carabancheles, unos andenes disimulados, en los que hay gentes que llevan encargos, jaulas, piezas enteras de sábana continua. Organizado el andén de cualquier modo, hay en él propensión al viaje, y parece que prepara el camino para mucho más lejos.

Los andenes de los Carabancheles tienen horas de mucho público, pues son muchos los carabancheleros que han venido a Madrid para volverse a marchar enseguida a esos pueblos en los que tan rusticano es el ambiente y que tan lejos parecen de Madrid. Estos valientes de la pueblomanía próxima van creando con su espera la *banlieue*, o sea, lo que más hace capital a una capital.

* * *

La plaza Mayor tiene más vigorosidad que nunca con su afilado de piedra en el centro.

Estos cipotes de piedra —de los que me he encontrado lleno a Madrid— son señales de autoridad, representan una voluntad realista de persistencia y piensan con personalidad propia.

Emparentados con las piedras miliare de los caminos, esos guardacantones son personajes de la corte, encauzadores de borrachos, topes de osados, verticales señales de la ciudadanía de piedra que atraviesa los siglos.

A las plazas de piedra les van mejor que los febles arbolitos.

Son individualidades pétreas con las que yo me he entendido siempre, poniendo la mano sobre su cocorota y sintiéndome defendido por su compañerismo.

Algún paleta los tomó por postes de correos y estuvo queriéndoles meter una carta.

. . .

La plaza Mayor llena de esos hospicianos de piedra tiene más firme presencia que nunca, y en su cielo luce la custodia de España.

En el paseo por sus soportales no es lo atractivo la generalidad, el conjunto consabido, sino el matiz, el pensamiento chico que está detrás del pensamiento genérico: la gorra excitadora de viajes, el collar de plata trabajada, el reloj para ferroviarios, la camisa para echarse al ruedo sin permiso, el peine de miel, la petaca cosida con pestañas de moza de Ubrique.

Entre pañeros y gorreros —no se puede decir gorristas— se ha establecido un comercio de bagatelas, pero gracias al cual la buena moza encuentra muy baratos unos pendientes estilo de araña luminosa.

Los gorreros son los que más se defienden, porque la gorra tiene un sentido popular que viene de muy antiguo, pues frente a los caballeros de gran chambergo había otros caballeros más modestos y más humanos que usaban un bonetillo que tenía más de gorra que de sombrero. Es grato mirar esas gorras y esas boinas que muestran su lujoso forro de raso como la fría y satinada presunción de la calva.

Un deseo que sugiere la plaza Mayor es ver desde un lado la Casa Panadería y desde esa Casa, que tiene archivado el espíritu de Madrid, la casa de enfrente con sus balaustres llenos de pezones de gas que se encienden en las grandes iluminaciones.

. . .

Por los soportales, temeroso del sol de invierno, que es el que más mata y más fecunda las larvas bacteriales, observo la gorra del «romanero» esperando siempre a ese fiel marchamo de lo que después se nos distribuye.

Los escaparates de relojes llenan de ojos del tiempo los soportales, por los que pasa la girándula de los caballeros del flaneo. ¡Cuánto tiempo en sus latas de conserva! Parece que hay más densidad de tiempo en estos parajes, y es grato ver el reloj para el maquinista de tren, el reloj de horas tiroideas, es decir con las cifras de bulto globuladas, los únicos en que si nos quedásemos podríamos tantear la hora; los relojes con las horas moradas, como para enfermos de

la vista que, si no, no pueden parar mientes en los horarios, y los relojes con la esfera cuadrada, que son relojes para locos por la cuadratura del círculo, y que han sojuzgado al tiempo cuadrándole. Las tiendas de ultramarinos de los relojes ofrecen como todas las horas del mundo y son como colmena de tictacs. Ante esa numerosa reunión de relojes se ve lo que de echar suertes hay en elegir un reloj y cómo es distinto la sorpresa y el destino que hay en cada uno.

Como siempre que repaso la plaza Mayor, echo una mirada a esa calle del Triunfo, que es, como una ironía del triunfo, oscura, lóbrega, contradicción pecaminosa y con un aire confinado y tristón de fracaso. Yo acostumbro a enseñársela a los amigos.

Son simpáticos esos cuatro remates puntiagudos de sus tejadillos de pizarra, que son como los paraguas de las torres, los paraguas que después, cuando llueve, resulta que no pueden abrirse, que no se abren.

Antes no tenía jardín, y hoy tiene ese bello jardín que cierran de noche con finos alambres, jardín de patio de invierno. Antes, la estatua de Juan de Bolonia, que en vez de mirar a la panadería se dirige hacia la Puerta del Sol, como si se diese cuenta de que ahí está la nueva orientación, estaba en una especie de desierto atestado de cajones en que las vendedoras exponían al público lo que vendían. (Un día que fue descendido el caballón se vio que estaba lleno de esqueletos de pájaro que habían entrado por la boca y después no habían acertado a salir.)

En la noche, en la más alta hora de la noche, la plaza Mayor está bellísima. Hasta cuando está nublado, el cielo, que se ve sucio en la Puerta del Sol, aquí se mejora, y si por un hueco de las nubes asoma una estrella, es sobre la plaza Mayor donde asoma. La luna en la plaza Mayor es como una iluminación de verbena.

Cuando ya se queda sin tranvías, en la madrugada, vuelve a proporcionarse, vuelve a sus tiempos, y su silencio es un silencio de antesala en la casa de gentes dormidas. Sólo se escucha el agua que corre por las alcantarillas, como si hubiese una inundación subterránea, un derrame interior o la tensión arterial de la ciudad hubiese llegado al límite.

Los serenos la vigilan con gran atención, porque como éste es el barrio de los plateros, temen que alguien robe el platino, el oro y la plata que guardan; son serenos de tres pistolas, cuyo chuzo se dispara en caso de gran peligro.

La plaza Mayor, por ser la plaza ancha y cerrada de la corte, guarda oscuridades y desgarros del tiempo antiguo. En esta plaza cerrada se verifica la reunión del pasado con el presente, como en el patio central de las Españas.

Aún llenan la plaza carreras de cuadrillas y paseos de los lansquenets que la transitaban en formación militar, mientras el toro suelto arremetía contra los rejoneadores.

El aire de su pasado está peinado por carreras de caballos, y aún quedan sobre ella los tinglados fúnebres.

La noche que más se destacó bajo las chispas de la hoguera sideral fue aquella noche en que pasábamos por su rueda junto al gran novelista norteamericano Waldo Frank y en medio de los jardinillos nos dijo, proclamando su ascendencia judía:

—Aquí ajusticiaron a uno de mis abuelos.

Todos los que hacíamos la guardia de nuestras linternas alrededor del recio novelista callamos avergonzados y pasamos de largo la plaza, porque a poco que se raspase en su arena aparecería el dibujo tétrico de la fiesta macabra, y nos pusimos a pensar que sólo no conociendo a los descendientes de las víctimas de la Inquisición puede parecer disculpable el pasado.

Aún guarda miedo la gran plaza, y en el buzón que hay en medio parece que aún se echan las cartas confidenciales para la Inquisición.

* * *

Fundada en 1619 por Felipe IV, que quiso dar a Madrid una plaza, encomendando la ejecución del proyecto a Juan Gómez de Mora, es por lo que ostenta en su centro la estatua ecuestre de ese rey, con perfil de pájaro que fue hijo de Madrid y le restituyó la corte en 1606.

Su estatua impone cierto imperio a la noche trascendental de la plaza; pero su caballo siempre nos parece embarazado de un potranco de bronce que cualquier mañana solazará Madrid con sus carreras. Tan hidrópico nos parece que puede sostenerse el que haya sido fabricado en fábrica de caballos de cartón, esos caballos que comparten la plaza con él en las jugueterías de los soportales. Juan de Bolonia, o quizá más probablemente el Taca, que acabó la obra, se excedieron al hacer el bandullo.

Los autos de fe dominan a la idea de sus corridas de toros, como en los cosos romanos a las puras fiestas de los aurigas domina el martirio de los cristianos.

Las vísperas de Madrid antes de esas ejecuciones en manadas eran vísperas tétricas en que toda la ciudad sentía la preocupación y la amargura.

Primero se anunciaba el auto en el periódico del rey y se comenzaba a acicalar a los reos y a poner en limpio sus procesos para el día del paseo solemne.

El pregonero de la corte pregonaba el auto:

«Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa de Madrid, corte de Su Majestad, estantes y habitantes en ella, cómo el Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Toledo celebrará acto público de fe en la plaza Mayor de esta corte el domingo treinta de junio de este presente año, y que se les concederán las gracias e indulgencias por los Sumos Pontífices dadas a todos los que acompañasen y ayudasen a dicho auto. Mándase publicar para que venga a noticia de todos.»

Las relaciones del itinerario solían decir cosas como la que transcribo:

«Iban guiando con bastones en las manos, de plata y negro, D. Francisco Portero de Vargas, regidor de Madrid, caballero del hábito de Santiago; D. Andrés de Valenzuela, caballero del hábito de Calatrava y regidor de Madrid; Alonso de Tapia, Alvaro Núñez, D. Juan de Carrión Ponce de León, secretario del Consejo de Guerra; todos cinco familiares del Santo Oficio.

»Seguíanles los soldados de la Fe, y al tiempo que salieron la cruz blanca y verde, el alférez batió la bandera e hizo la primera salva la compañía. Seguíanse el maestro de campo D. Diego de Viana y D. Juan de Salazar, del hábito de Calatrava, familiares del Santo Oficio, con sus bastones en las manos. Iban luego los niños de la Doctrina, los Desamparados y los Hermanos de los Hospitales. Este trozo le gobernaron, llevando bastones como los precedentes, D. Juan de Talavera y Francisco de Eguíluz, familiares del Santo Oficio.»

Después de llevar el duque de Medinaceli u otro aristócrata principal el estandarte de la Fe, iba la cruz blanca y después la cruz verde, la cruz triste de los ajusticiados, cubierta con velo negro.

La procesión entraba por la calle de la Amargura —hoy Siete de Julio—, llamada así, como el puente de los Suspiros se llama de los Suspiros, porque era el último pasadizo de los sentenciados sin remisión.

Las llamas verdes y macilentas de los cirios de la Inquisición ponían brillo de purgatorio en la tarde.

La larga serpiente de la procesión se iba arreglando en su sitio, y los reos presenciaban la última fiesta orgullosos de la gran recepción en que se les mataba haciéndoles pagar prenda por todos. (Primero fueron cristianos los sacrificados —cristianos y leones—; después, herejes —herejes y toros—; hoy, sólo como monstruo de herejía contumaz, el toro.)

Después salían los carretones enramados, que llevaban encubada el agua de riego, que aliviaba la frente enarenada de todos.

Los reos iban destacándose con descripción del relato menesteroso de los escribanos: «Francisco Elbas, pocos dientes, blanco, pelirrubio, muchos bigotes y de buena cara, salió al auto con sambenito». «María Majón, de veintiocho años, alta, delgada, de menudas facciones, buena nariz y ojos». «Blanca Nogueira, soltera, natural de un lugar del reino de Portugal, no sabe cuál, y vecina de esta corte; de edad de quince años, alta, nariz gruesa, ojos negros grandes, aguzada de barba y blanca». «José Alonso, que vendía cordones por las calles; pequeño de cuerpo, carirredondo, pelo liso castaño y algunas señales de viruela».

En último término, y junto a los relajados, que llevaban la cajita de sus huesos en la mano, puesto que eran sentenciados a la pena capital, iban los peleles, pues se incurría en la responsabilidad de quemar peleles, es decir, algo más que personas: símbolos, personajes de novelas posibles, enteléquicos seres de entre la

ficción y la realidad. Todo lo que hay que resucitar en la libertad de la novela es lo que entonces fue quemado y aventado. Con todos aquellos peceles representativos, que eran los monigotes de la verbena macabra, hay que crear los polichinelas trágicos del teatro imposible.

Los quemados en efígie recibían confidencias o se encontraban con algún compatriota que les decía:

—No se te ocurra volver a Madrid, que te han quemado oficialmente.

Actuó el cuchillo de los animales sobre los hombres en corte ancho, sin el golpe de gracia primero que abate a los animales. La puntilla hubiera degradado el lance, que debía tener hechuras de crimen.

La hoguera era pestilente, y por eso actuaba lejos, allí junto a la Puerta de Alcalá.

Los incendios es con la plaza Mayor con lo que más se han cebado. El primero sucede en julio de 1631, incendio que duró tres días, durante los que se tuvo expuesto el Santísimo Sacramento en los balcones y dijeron misas en ellos, desplomándose todo el lienzo de las carnicerías hasta el arco de la calle de Toledo; el segundo surge el 10 —no el 2, como una inscripción consigna— de agosto de 1672, quedando destruida la Casa Panadería, que es la más suntuosa de la plaza; el tercero estalla el 16 de agosto de 1790, y después de consumir el lado Sur y el Norte, redujo a cenizas el de Oriente y parte del arco de Toledo; el cuarto se declara el 26 de septiembre de 1804, y no prospera, gracias a que los gastadores del regimiento de Suizos del cuartel próximo lo atajaron. (¿Cómo con ese historial puede figurar la chapa de «Asegurada de incendios» en la plaza Mayor? Es tan reacia como esos tíos que en el local en que ponen «Se prohíbe fumar» encienden y chupan y vuelven a chupar su cigarro, aunque se les llame la atención.)

La Casa Panadería, que es la más suntuosa, la compró Madrid en 1590 para hacer una panadería, dedicando su gran balcón del piso principal para que los reyes viesen las fiestas y las ejecuciones, aunque a veces variasen de sitio, como cuando se asomaron a los balcones de la acera de pañeros, porque en la Panadería había enfermos de garrotillo. En esta plaza se han verificado fiestas magníficas por las bodas de los reyes o por la presencia de monarcas extranjeros en la corte, habiendo sucedido que, por tenerse que celebrar la fiesta cuando estaba en reedificación alguno de los lados que la cierran, se recurrió al artificio de que los artistas pintasen todo un frente de edificación en un enorme lienzo, grande como las casas destruidas, así como, con ocasión de la entrada de la reina Margarita, los plateros cubrieron los cuatro frentes de la plaza con grandes aparadores, en que colocaron todas las joyas y piezas labradas que constituían la riqueza del gremio. Los toros también se han celebrado en ella, y hasta en un viejo

manual de fontanería he visto una explicación de la medida y ejecución de los tablados sobre los que el público tomaba asiento.

En una de esas fiestas sucedió que el rey Felipe IV, queriendo alojar bien a una favorita suya que no tenía dónde colocarse, hizo improvisar un balcón que aún se conoce con el nombre de La Marizápalos.

Allí se lidiaron toros más salvajes que los actuales.

Toros de Ronda han traído,
tan ligeros y feroces,
que parece que veloces
rayos por hierba han pacido.

Nuevas vicisitudes dan a la plaza diferentes aspectos, y así como la Casa Panadería ha sido la casa en que estaba el peso real, después Academia de Nobles Artes y después Academia de la Historia, la misma plaza —después de Mayor— no siempre se ha llamado de la Constitución, sino que ha sido el juego sangriento de varias generaciones el quitar la lápida de plaza de la Constitución para bautizarla con el nombre de plaza Real en dos ocasiones y con el de plaza de la República y el de plaza de la República Federal en otras.

. . .

No es plaza para estar muchas horas dándole vueltas, pues enseguida se siente —a no ser que llueva— la inquietud de salir hacia otros puntos de la ciudad.

Entonces sucede el perplejismo de la salida, ya que si es fácil entrar en la gran plaza, es difícil salir.

Es muy importante decidir por qué calle se sale y hay como un sorteo del destino en la elección del arco abierto por el que se tome.

Si yo hubiese sabido esta estrategia del peatón indeciso que ahora me sé, otro gallo me hubiera cantado, me cantaría, me canturrease o me cantuviese.

Va mucho en salir por la calle de Ciudad Rodrigo, tirarse por la escalerilla de piedra o salir por el callejón llamado del Triunfo, esa salida sombría de la plaza Mayor con su fábrica de confetti, y que puede llevar al fracaso por el orgullo de pasar por el triunfo.

Hay sombras hemipléjicas en algunas esquinas de la plaza central de las Españas y juegan un raro juego de azar sus ocho salidas.

En su armazón para siglos, en su claustro civil se entretejen y se barajan las vidas actuales, las vidas del año, y por eso en el echar la suerte del entrar y el salir va más de lo que se cree.

En la contrición de cada día pesa mucho el haber pasado por la Plaza Mayor y haber visto perennal y fijo el infuso documento de sus fueros y preeminencias, ese pergamino pintado al fresco en que figuran los bustos de Quevedo, de Cervantes y de Lope.

Saldremos siempre de ese repaso de la plaza unificadora con más verdadera y modesta ciudadanía que hemos entrado, espaldeados por el espaldarazo que nos respaldará en el nuevo andar por la sencilla y genial villa.